

LA FIGURA DE LA SEMANA

x DANIELA ÁLVAREZ MENDOZA

Jugadora de voleibol, participará en los Juegos Olímpicos de París

Una trotamundos entre el balón y la red

Criada en Viesques y con el medallero a rebosar, estudió en Estados Unidos y desconecta con paseos por La Providencia y la playa de Estaño

Sergio García

Daniela Álvarez Mendoza vive en una nube. Y no porque pase buena parte de su tiempo en un avión. La gijonesa ha sellado su participación en los Juegos Olímpicos de París de este verano, donde competirá con su compañera de fatigas, la madrileña Tania Moreno. Álvarez, eso sí, mantiene los pies en el suelo. Hasta que no vea su nombre en la lista oficial, no dará crédito. El proceso ha sido largo hasta certificar esta clasificación, una travesía por parquet y arena que, a la vista de los resultados, no ha ido nada mal.

Nacida un 27 de noviembre de 2001 en el Hospital de Begoña, Daniela Álvarez se crió en Viesques. Hija única, sus padres, Manuel y Yolanda, han visto y disfrutado de la meteórica progresión de Daniela, que estudió en el colegio La Asunción antes de embarcarse en una aventura, la de marcharse a Lorca, al centro de alto rendimiento de voleibol playa, para depurar su técnica. Lo compaginaba con sus estudios en el instituto Francisco Ros Giner. Los inicios deportivos de Álvarez, no obstante, se escribieron a golpe de raqueta. Practicó tenis y a un gran nivel. De hecho, compitió internacionalmente y también en uno de los torneos del «Rafa Nadal Tours». En la foto de la entrega de trofeos, un joven Carlos Alcaraz aparece justo delante de Daniela Álvarez.

Su incursión en el voleibol llegó por la recomendación de una compañera de pupitre en La Asunción. Además, Álvarez había sufrido problemas en la rodilla en su etapa tenística. Le apetecía probar algo distinto. Su altura y coordinación le conferían una ventaja competitiva que había que explotar. Vaya si lo hizo. Daniela Álvarez nunca le ha temido a los nuevos horizontes. Se graduó en Matemáticas en Estados Unidos, en la «Texas Christian University», y eso que le habían recomendado no elegir una carrera demasiado técnica. Decir dónde reside Daniela Álvarez es arriesgado. El circuito profesional es lo que tiene. Cuando su apretada agenda se lo permite, desconecta en su Gijón natal y entrena en el Grupo Covadonga, donde todo empezó. El entrena-

dor José Castro vio en ella potencial para destacar en el voleibol y no se equivocaba.

Cuando Daniela Álvarez está en la ciudad, la playa de Estaño y la zona de La Providencia son paradas casi obligatorias. Echa de menos la comida de su tierra y la tortilla de patata de su abuela. Y le encantan las puestas de sol. Sociable a más no poder, Álvarez tiene amistades por todos los rincones del mundo. Como anécdota, en un vuelo desde México a China, en una escala en Estados Unidos, quedó con una antigua amiga de la universidad para pasar el día. En el país norteamericano se cortó y dejó su sello. Jun-

to a Tania Moreno recibió el reconocimiento el pasado año como la mejor pareja de la Liga Universitaria. Jamás lo había conseguido una dupla completamente internacional.

Vivir lejos de su familia ha acelerado la maduración de Daniela Álvarez, que se mueve por los aeropuertos como por el salón de su casa. Analítica, mide al detalle sus decisiones para no dar un paso en falso, aunque en su trayectoria apenas se advierten tropezones. Tiene la cabeza muy bien amueblada, como se suele decir. Glosar el currículum de títulos y medallas de la joven gijonesa daría para otra página, pero seguramente

el cuarto puesto obtenido en el Élite 16 de Espinho se cuele entre sus actuaciones más recordadas, la que confirmó su presencia en París. En categorías inferiores, la irrupción de Álvarez transformó el panorama nacional. Ha ganado ocho medallas con tres parejas diferentes y un diploma olímpico en Buenos Aires, por no hablar de sus logros en categoría absoluta. Tanto metal no hace mella en su ambición, inalterable. Disciplinada y con ganas de seguir creciendo, Daniela Álvarez cumplirá este verano el sueño de cualquier deportista. Una gijonesa que aviva su llama olímpica sin olvidar sus inicios grupistas.



La fiesta de la desvergüenza



MANUEL ROBLES FREIRE

Los españoles han sido una de las naciones que con más entusiasmo celebraron la fiesta del Corpus. Antes que el Concilio de Viena, en 1314, extendiera a toda Europa la festividad, ya existía en España una capilla dedicada al Corpus en la Catedral de Burgos (1283), una procesión en Tarragona (1301), y unos pocos años después, en 1317, el Ayuntamiento de Madrid nombraba una comisión para organizar la fiesta del Corpus en la Villa.

Nuestros clásicos del Siglo de Oro, cuando escribían sus autos sacramentales para la festividad del Corpus, pintaban a Cristo como un joven galán que, en ese jueves que brilla más que el sol, sale «a cuerpo» por las calles de nuestros pueblos y ciudades, gozoso y triunfador, después de haberse escondido tras los velos del dolor de Jueves Santo.

El Corpus ha sido para los españoles la jornada en la que los sentimientos salían sin recatos

El Corpus ha sido para los españoles la fiesta de las fiestas, el día de la desvergüenza de la fe, la jornada en la que los sentimientos salían a la calle sin recatos. Y es que Cristo, como «un joven galán», viene a encontrarse con todos los creyentes y con cada uno. Igual que lo hacen el sol, el agua y el pan, que hartan el alma y nos llenan de consuelo. Así es el Corpus por las calles.

Ya se ve que las calles no están solo para los carnavales, manifiestas, o el ruidoso «rock». Si esta fiesta entrañable y popular quedara arrinconada, los creyentes se llevarían un gran disgusto, por romper con una hermosa tradición de fe. Pero, por fortuna, al Corpus también le queda la calle de nuestras ciudades, y esa plaza que nadie puede invadir: la del corazón de los cristianos. Por eso, hoy sale a la calle como el sol, el agua, y el pan: con total desvergüenza.

MANUEL ROBLES FREIRE
ES RECTOR DE LA BASÍLICA
DEL SAGRADO CORAZÓN